

EL MONET DESAPARECIDO

Sherman Holmes no sabía cómo lo hacía; pero lo hacía, y además lo hacía regularmente. A veces veía un coche patrulla de la policía y se paraba a ver qué estaba ocurriendo. A veces seguía el sonido de una sirena. La mayoría de las veces, simplemente estaba dando un paseo o conduciendo su coche por Capital City cuando un sexto sentido le decía que doblara aquella esquina o se detuviera allí.

Fue su sexto sentido para el crimen lo que lo llevó al Edificio de Oficinas Hudson un ventoso día de marzo. Sherman se acomodó en un asiento del vestíbulo y esperó pacientemente a que ocurriera algo.

El primer visitante que atrajo su mirada fue un mensajero que llegó en su bicicleta con una mochila llena de paquetes y un largo tubo de documentos. El mensajero desapareció dentro de un ascensor directo con un rótulo en el que ponía Piso 31. Cinco minutos después, el mensajero volvió a aparecer y salió del edificio, todavía llevando el tubo pero ahora aligerado del peso de un paquete.

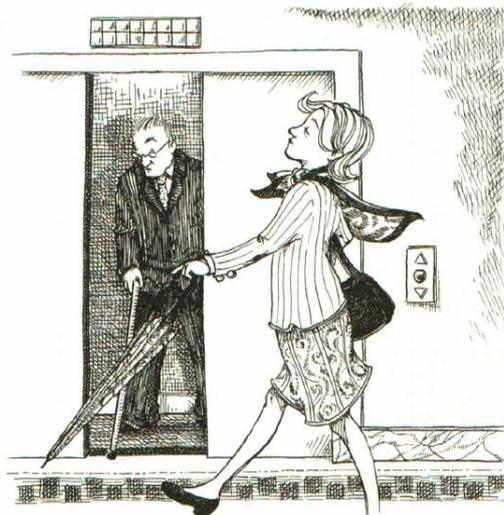
Su sitio en el ascensor fue ocupado por un caballero, ya bastante mayor y elegantemente vestido, que usaba un bastón porque sufría una marcada cojera en la pierna derecha.

El caballero reapareció en el vestíbulo diez minutos después. Al salir del ascensor casi chocó con una mujer que llevaba un traje de Gucci. El paraguas en la mano izquierda de la mujer se enredó por un instante con el bastón en la mano derecha del caballero.

—A ver si mira por dónde va —dijo ella secamente.

—Disculpe —replicó él.

El hombre se fue cojeando y la mujer apretó el botón y estuvo ocupada con su paraguas hasta que se cerró la puerta del ascensor. Su visita duró cinco minutos.



Sherman estaba empezando a pensar que sus instintos para percibir el crimen no funcionaban como era debido. Quizá fuese culpa de aquel frío tan desagradable que todavía no había conseguido quitarse de encima. Entonces dos agentes de policía entraron corriendo en el vestíbulo y utilizaron el mismo ascensor directo al piso 31.

—Ya iba siendo hora de que llamaran a la policía —dijo Sherman con satisfacción.

Cuando los agentes salieron del edificio media hora después, Sherman los siguió hasta la cafetería de Baker Street. Entró en el reservado que había detrás del suyo, pidió en voz baja un bollo inglés y se puso a escuchar.

—¿Qué estaba haciendo un cuadro de un millón de dólares en la recepción? —le preguntó el policía de mayor edad a su compañero. Sherman lo reconoció como el sargento Gunther Wilson, un oficial de policía con el que ya había hablado en las escenas de otros muchos crímenes.

El piso 31, al parecer, contenía los despachos de los altos directivos de la Compañía Hudson, y el mobiliario de la recepción incluía un pequeño óleo de Monet que tendría unos treinta centímetros de lado. Sólo tres visitantes habían estado a solas allí durante el tiempo suficiente para separar la pintura de su marco: un mensajero llegado en bicicleta para entregar unos documentos; el tío del presidente de la compañía, que nunca había dado golpe y quería pedirle prestados unos cuantos dólares; y la esposa separada del vicepresidente, que había venido a quejarse de su asignación. Los tres habían ido allí con anterioridad y podían haber reparado en el cuadro, que no contaba con ningún tipo de vigilancia.

—Perdonen —dijo Sherman mientras se levantaba de su reservado e iba hacia el sargento Wilson y su compañero.

Wilson miró al hombrecillo regordete con su gorra de cazador y su levita y sonrió de oreja a oreja.

—Sherlock Holmes, supongo.

—Ése era mi tatarabuelo —respondió Sherman educadamente—. Pero yo he heredado unos cuantos de sus modestos poderes. ¿Le gustaría que le dijese quién robó ese cuadro?

¿QUIÉN ROBÓ EL CUADRO?
¿QUÉ PISTA DELATÓ A LA PERSONA QUE LO HABÍA
ROBADO?

UN LABERINTO DE SOSPECHOSOS

Sherman Holmes estaba yendo en su coche por un solitario camino rural. Vio el coche de la policía y el letrero para el laberinto casi al mismo tiempo.

—Un enigma de laberinto más un crimen —rió suavemente mientras pisaba el freno—. Qué bien. Puso el intermitente de girar y entró en el aparcamiento.

La atracción que había junto al camino, «El Laberinto de la Reina Victoria», consistía en una garita para vender entradas, una pequeña oficina y el laberinto en sí, un cuadrado de dos metros de altura formado por setos bastante mal cuidados. Los conductores cuya curiosidad conseguía despertar pagaban tres dólares por cabeza para perderse en los mareantes senderos que había dentro de los setos.

Sherman pasó junto a la garita vacía, fue por un sendero de grava y entró en el laberinto. Dos giros a la derecha lo llevaron a un callejón sin salida tan perfecto que alguien había muerto en él. Un agente de la patrulla de carreteras estaba de pie junto al cadáver de un hombre vestido con ropa informal de cuyas costillas asomaba un cuchillo. Tres hombres y una mujer estaban hablando con el policía.

—Mi esposo Kyle y yo entramos en el laberinto y nos separamos porque pensamos que así sería más divertido —dijo la mujer entre sollozo y sollozo—. Después de haber estado dando vueltas durante unos minutos, terminé encontrándome fuera en la otra entrada. Decidí volver a intentarlo. Llamé a Kyle, para saber qué tal le estaba yendo a él. Entonces fue cuando oí... unos ruidos, como si se pelearan. Después Kyle gritó.

—Yo también oí el grito —dijo el más alto de los tres hombres—.



Estaba sentado en un banco en el centro del laberinto. No oí ningún ruido de lucha, probablemente porque la fuente que hay allí lo ahogó. Soy Bill McQuire. Salí corriendo del laberinto y encontré a la señora Turner. Volvimos a entrar y descubrimos el cuerpo.

—Yo soy el propietario, Paul Moran —dijo un hombre bajito y despeinado—. Estas personas eran los tres únicos clientes que había dentro. Después de haberles cobrado las entradas a los Turner en la garita, fui a la oficina. Abe, mi electricista, iba a modificar el sistema. Quité el fusible principal para que pudiera trabajar. Entonces di una vuelta por ahí para limpiar el suelo y llevarme los desperdicios. Abe todavía estaba trabajando cuando oí gritar a un hombre.

Abe, el electricista, fue el último en hablar.

—Lo que ha dicho Paul es verdad. Yo estuve todo el rato metido en el hueco que hay debajo de la oficina, cambiando los cables. No vi ni oí nada hasta el grito.

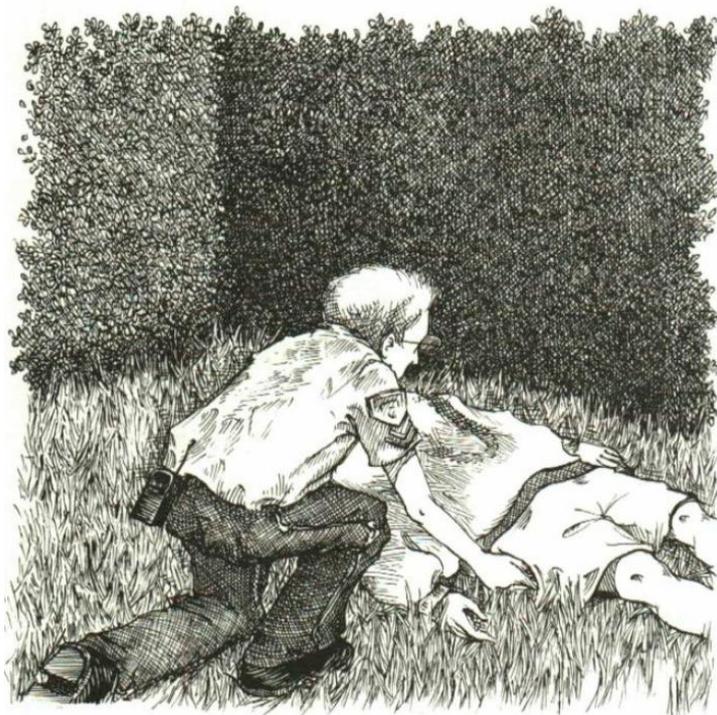
El agente de la patrulla de carreteras se inclinó sobre el cuerpo y lo examinó.

—No lleva cartera. Puede que haya sido un robo que terminó mal. Pero tendremos que esperar a que lleguen los expertos.

—Yo soy un experto —dijo una voz desde detrás de ellos. Todos se volvieron para ver a un hombre bajito con ojos de búho y una

pipa de brezo entre los dientes—. Sherman Holmes, a su servicio. Si tienen la amabilidad de escucharme, enseguida verán que la solución es elemental.

¿QUIÉN MATÓ A KYLE TURNER?
¿CÓMO DEDUJO SHERMAN LA VERDAD?



BOMBA EN LA ESTACIÓN DE AUTOBUSES

—¿Dónde se había metido? —El sargento Wilson dio un rodeo alrededor de los escombros chamuscados de lo que había sido el muro posterior de la terminal de autobuses de Capital City—. Al no verlo aquí en cuanto llegué, supuse que tendría que estar enfermo.

Aunque lo mantenía en secreto, Gunther Wilson había llegado a depender del hábito que tenía Sherman Holmes de presentarse en las escenas de los crímenes sin haber sido invitado. No estaba acostumbrado a tener que esperar durante tres horas antes de que el extraño millonario hiciese acto de presencia.

—Lo siento, viejo amigo. —Sherman sorbió aire por la nariz—. La verdad es que no me encuentro del todo bien. Alergias primaverales.

Wilson señaló a cuatro hombres que estaban colocando trozos de metal calcinado encima de una sábana blanca.

—La bomba estaba dentro de una taquilla. Hizo explosión a las tres de la tarde. Hubo unos cuantos heridos, pero nada grave. El mecanismo era un viejo despertador conectado a dos cartuchos de dinamita. Fue activado por el mecanismo de alarma ajustado en el «3».

—¿Tiene algún motivo?

—Nada. Me imagino que lo hizo porque lo encuentra emocionante, igual que algunos de esos pirómanos chalados con los que hemos tenido que vérnoslas últimamente.

—Esperemos poder atraparlo antes de que lo vuelva a intentar. —Sherman paseó la mirada por la terminal—. ¿Alguien vio quién utilizó la taquilla?

—He hablado con el empleado del turno de noche. —Wilson llamó con un gesto de la mano a un hombre delgado y de aspecto somnoliento—. Señor Pollard, cuénteles a mi socio lo que vio.



—Por supuesto. —Andy Pollard se puso bien sus gafas de gruesos cristales y se aclaró la garganta—. Cuando entré a trabajar anoche, alrededor de las dos de la madrugada, vi a un taxista que estaba aparcando enfrente de la terminal. Entró con una bolsa de viaje roja y la dejó dentro de esa taquilla.

Wilson volvió a agitar la mano y dos hombres más vinieron hacia ellos.

—Hemos hablado con las compañías de taxis. A esa hora de la madrugada sólo había dos taxis en la zona. Desgraciadamente, el señor Pollard no puede identificar al conductor.

—Me acuerdo de la bolsa roja —se disculpó Pollard—, pero no recuerdo qué cara tenía el taxista.

El primer conductor era alto, tenía el pelo rubio y parecía haber acabado de salir del instituto.

—Hará cosa de un mes que conduzco el taxi —explicó—. Una pasajera me paró en el aeropuerto y la dejé en el hotel de la esquina. Eso fue alrededor de las dos. Después llené el depósito en la gasolinera de Highland y terminé mi turno. Si este tipo dice que entré aquí, miente. Llevo años sin poner los pies en una estación de autobús.

El segundo conductor tenía aproximadamente la misma estatura, pero era de mediana edad y lucía una pronunciada barriga que le colgaba por encima del cinturón.

—Dejé a un cliente delante de la terminal —les dijo—. Mi cliente comentó que había dejado su coche en el aparcamiento hacía un rato y tenía que ir a buscarlo. Eso fue unos minutos después de las dos.

»Entonces el repartidor de los avisos me envió a un bar de la Quinta para que fuera a buscar a un borracho. Allí no había nadie. Un hombre me paró y lo llevé a una casa de comidas de la calle Swann que tiene abierto toda la noche. Está todo anotado en mi registro si no me creen.

Uno de los hombres del grupo de explosivos había ido hacia ellos y esperaba una ocasión de hablar.

—Perdone, sargento —dijo—. El recipiente era de color rojo, tal como dijo el testigo. Utilizaron una bolsa de viaje hecha de cuero rojo.

—Gracias —dijo Wilson, y luego se volvió hacia Sherman y se encogió de hombros—. No tenemos gran cosa, ¿eh?

—Basta para darnos la identidad de la persona que puso la bomba —ronroneó Sherman—. No puedo decirle por qué lo hizo, pero sí que puedo decirle quién fue.

¿QUIÉN PUSO LA BOMBA EN LA ESTACIÓN DE AUTOBUSES?

¿QUÉ HECHO LE DIO LA PISTA A SHERMAN?